

partida de la crítica a la modernidad. La crítica al parlamentarismo de Benjamin fue tan decidida como la de Schmitt, pero éste no intentó acertar en el blanco de su núcleo, sino diagnosticar su significado sociológico. En su ensayo *La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica* (1936) observó: «La crisis actual de las democracias burguesas incluye una crisis de las condiciones que son determinantes para la exposición de los gobernantes. Las democracias exponen a los gobernantes inmediatamente, personalmente y por cierto ante representantes. El Parlamento es su público. Con las innovaciones de los aparatos de grabación que permiten a los oradores durante el discurso ilimitadamente ser escuchados por muchos y poco después ser vistos ilimitadamente, se pone en primer plano la exposición del hombre político ante este aparato. Los parlamentos se despueblan al mismo tiempo que los teatros; la radio y el cine cambian no sólo la función del actor profesional sino exactamente lo mismo que la función del que, como hacen los gobernantes, se expone a sí mismo ante ellos. La dirección de este cambio, independientemente de sus tareas especiales, es la misma en el actor de cine y en el gobernante. Ella pretende la especificación de beneficios controlables, hasta adaptables bajo determinadas condiciones sociales. Eso da por resultado una nueva selección, una selección ante el aparato de la que salen triunfantes la estrella y el dictador»<sup>32</sup>. Benjamin tenía a la vista el advenimiento de Hitler. Schmitt había postulado un gobierno dictatorial en 1924 y asegurado que ello no implicaba una reforma de la Constitución<sup>33</sup>. En un punto especial de la «peculiar alianza», coinciden Benjamin y Schmitt, esto es, en el advenimiento de la dictadura en el horizonte de la crisis del parlamentarismo. Aunque Benjamin optó por la dictadura del proletariado, sus reservas frente al marxismo oficial se fundaron no son en la simplicidad de algunas de sus tesis sino en dos categorías centrales de su pensamiento en su versión judía y que Scholem resume: «una es la revelación, la idea de la Thorá, la noción de la doctrina y de textos sagrados en general, y por otra parte el mesianismo y la redención»<sup>34</sup>. Carl Schmitt también hizo de su catolicismo substancia de su pensamiento y elaboró su «teología política» con conceptos como el del «milagro» y el de la representación de Jesucristo, el Absoluto, como medida de la realidad política. Esa reactualización política de la teología en un mundo secularizado no tuvo la pretensión de suscitar siquiera la formación o fortalecimiento de partidos católicos o partidos híbridos, es decir confesionales y

<sup>32</sup> Carl Schmitt, *Die Diktatur*. Duncker & Humboldt, Munich-Leipzig, 1928, p. 259.

<sup>33</sup> Walter Benjamin, *GS*, I, 1, p. 215.

<sup>34</sup> Carl Schmitt, *Politische Theologie II*, Duncker & Humboldt, Berlin, 1984, p. 12.

seculares como los «demócratas cristianos», cuyo camaleónico techo protege la boda del neoliberalismo con el fascismo nostálgico, entre otras más. La rehabilitación de la teología fue una reacción contra la secularización, el liberalismo y el capitalismo, contra la modernidad, pero principalmente, tanto en Benjamin como en Schmitt, un desafío gnoseológico. Tanto el «estado de excepción» como «el empobrecimiento de la experiencia» o la «pérdida del aura» son situaciones extremas, «casos límites» que, considerados como regla, constituyen el «extremo desde el que parte el concepto»<sup>35</sup>. Un extremo que mantiene en vilo al pensamiento y que puso en movimiento y desafió a «desdogmatizar» los conceptos y nociones sobre la modernidad y a abrir el camino para su transparente conocimiento. Su primer paso es la crítica al progreso, pero esa crítica trasciende la comprobación de sus negatividades y suscita la supresión del concepto de progreso como forma de la consideración de la historia y de la sociedad. Desde la perspectiva de esa crítica Carl Schmitt puntualizó en 1970 el estado a que había llevado la modernidad y con ironía corrobora la tesis de Benjamin de que «el progreso es la catástrofe». En una réplica a la obra de Hans Blumenberg, *La legitimidad de la época moderna* (1966), que pretende invalidar el concepto de secularización y, por tanto, el fundamento de la «teología política», resumió las tesis de Blumenberg que caracteriza la modernidad como el surgimiento de una «nueva humanidad» y de un «nuevo hombre» y concluye: «El hombre nuevo es agresivo en el sentido del progreso incesante y de incesantes nuevas posiciones; rechaza el concepto de enemigo y toda secularización o cambio de papeles de antiguas nociones del enemigo, supera lo anticuado mediante lo nuevo científico-técnico industrial; lo antiguo no es el enemigo de lo nuevo; lo antiguo se liquida a sí mismo y de por sí en proceso-progreso científico-técnico industrial que o bien utiliza lo antiguo —según la medida de la nueva utilización— o lo ignora como inutilizable o como no-valor perturbador lo aniquila. ¿A cuál de aquéllas tres libertades es inmanente la más intensa agresividad: a la libertad de valor de la libertad técnico-industrial de la producción o a la libertad de valoración del consumo libre humano? Si esta pregunta fuera científicamente ilícita, porque entre tanto el concepto de agresividad se ha vuelto neutral, entonces la situación sería clara: en vez de *pro ratione Libertas, et Novitas pro Libertate*»<sup>?</sup>. Schmitt insiste en su complejo y plurívoco concepto dicotómico de amigo-enemigo, pero con ello actualiza con el ejemplo del presente la tesis de Max Weber sobre el núcleo

<sup>35</sup> Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, ed., J. Winckelmann, Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 1964, t. I, p. 66.

del capitalismo, el cálculo del dinero o del capital: «El cálculo del capital supone por eso en su configuración *formalmente* más racional *la lucha del hombre con el hombre*». Schmitt, pues, descubre un aspecto de la modernidad, la agresión, que luego desarrolló en su *Teoría del partisano* (1963), en diálogo con la obra clásica de ese tema nuevo, Rolf Schroers, *El partisano. Una contribución a la antropología política* (1961). Rolf Schroers fue precisamente uno de los pocos escritores de izquierda liberal que consideró que una discusión competente con Carl Schmitt es una discusión con la historia alemana de este siglo y rompió así un cómodo tabú de la posguerra. La discusión con Schmitt y Benjamin es indudablemente un asunto alemán, pero los temas que los ocuparon y los métodos de desarrollarlos sobrepasan esos límites nacionales. Son temas y problemas que exigen análisis concretos históricos, sociológicos, teológicos, y que no son captables por los epígonos pertinaces de las corrientes de moda, para las que es inútil la crítica y lectura de la tradición filosófica y de lo que no responde a los diversos «consensos» provocados por los veloces cambios políticos. Para la discusión y análisis de las obras de Carl Schmitt y Benjamin se han derrumbado los muros de los prejuicios, condenas y acaparaciones de izquierdas y derechas. Una ocupación más amplia e intensa con la crítica a la modernidad de Benjamin y Schmitt mostrará que la modernidad está todavía muy lejos de ser llevada al cementerio suntuoso de la postmodernidad.